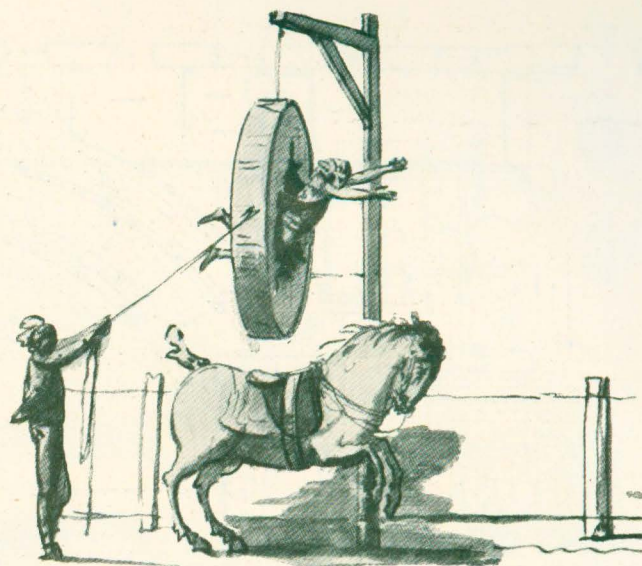


El Autor y el Teatro

Joaquín Galvo Sotelo

El teatro, arquitectónicamente, parece un espécimen declarado a extinguir. Yo no sé en qué proporción, respecto a los cines, habrían sido construídos en los últimos veinticinco años sobre nuestro suelo. Acaso en la de uno por ciento. Hay empresarios cautos que construyen escenarios anfibios, no sólo con las limitadísimas dimensiones que la pantalla exige, sino con la amplitud necesaria para albergar una compañía, si se hace preciso. Pero son los menos. La mayoría agotan las posibilidades de espacio en beneficio de la amplitud de la sala y renuncian, para siempre, a cuanto no sea cine. No es a ellos, en verdad, a quienes este extraordinario de la REVISTA DE ARQUITECTURA va referido, ni mucho menos estas breves líneas mías. Al arquitecto al que le piden una sala cinematográfica no tiene por qué entregar el proyecto de un teatro. Sin embargo, al que le piden—que algún caso, por fortuna, también se da—un teatro, ese sí tiene la obligación de entregar un teatro.

Ahora bien: en el teatro, el escenario es pieza esencialísima, un escenario de la holgura bastante para que los decorados la tengan, con la instalación de luces indispensable para que la noche o el día, según las acotaciones lo exijan, no sobrevengan fulminantemente, sino con la pausa y el ritmo lógicos, con su maquinaria *ad hoc* para que la mutación, por su duración excesiva, no lleve al naufragio a la comedia y ésta se pierda, ante la fatiga del espectador, en los entreactos... El escenario es, por consecuencia, merecedor de la vigilancia del arquitecto con el mismo amoroso cuidado que la sala le merezca. Yo debo decir, entristecido, que el viaje por los escenarios españoles es sonrojante. Me atrevería a decir que escenarios hasta cierto punto completos no hay más que uno en Madrid, el María Guerrero, y otro en Barcelona, el Liceo. Hasta cierto punto, anótese esta limitación puesta al elogio. En los restantes, allí donde sus dimensiones son bastantes, su instrumental luminotécnico y mecánico tiene una antigüedad



*Para el Hambro solo p. el Tambor y el caballo
p. el Rebozo de Tm.*

de medio siglo, y no es posible operar con él como es debido. De ahí que el autor español sea el más infeliz del mundo, ya que sobre sus cuartillas manden, por desgracia, imperativos que casi no coartan a los demás escritores de allende las fronteras. En los escenarios españoles, cuanto no sea «sala de familia acomodada con una puerta al foro y dos a las laterales» lindará con la aventura.

De análoga forma, el camarín en que el actor español ha de permanecer doce horas diarias, si a mano viene, espanta. Sus dimensiones, inverosímilmente reducidas, su falta de ventilación, sus deficiencias higiénicas, causan asombro. La idea que del actor español tienen algunos empresarios, deprime.

La REVISTA DE ARQUITECTURA realiza un esfuerzo benemérito al consagrar al tema su extraordinario de hoy. Es indispensable un cambio absoluto en la mentalidad imperante y construir teatros de modo bien distinto a como se han construído en los últimos años. Hay muchos que ignoran cuáles son las variaciones que el transcurso del tiempo impone en esa técnica especialísima. Los arquitectos deberán ponérselas de manifiesto a sus clientes. Y a los arquitectos, este número de la REVISTA DE ARQUITECTURA les servirá de mentor y guía inapreciables. Ojalá sea así, para la salud de todos.



El espectáculo de Pilar López era buenísimo. Esta es una escena de la estampa malagueña del siglo XIX «Café de Chinitas», en la que intervienen Pilar, Pastora Imperio, José Greco, Vargas, Ortega. A pesar de la maestría de los artistas y de la gracia del baile, esta «foto» del reducido escenario, lo que únicamente recuerda con más propiedad es un vagón del Metro.